

ENTRE TORRES Y BALCONES: LA IMAGEN DE LIMA VIRREINAL

Arq. Pedro Hurtado Valdez

La aristocrática Lima, blasonada como la "muy noble, muy insigne y muy leal ciudad de los Reyes del Perú", alcanzó su predominio sobre el resto del territorio conquistado para ser la cabeza del Virreinato español en América del Sur, más como advenimiento de la fortuna que por su importancia como urbe constituida en época prehispánica. El valle formado por el Rímac no era la capital, enclavada en el corazón de los Andes, del Imperio del Tawantinsuyu, ni tampoco se erguía como el centro costero del culto a Pachacamac¹. Mas la prisa por asegurar la defensa de la naciente gobernación, no solo de los nativos sino principalmente del riesgo que implicaban otras expediciones españolas organizadas en Panamá para la conquista de las tierras cercanas², motivó su designación como capital del Virreinato, ante el fracaso que significaron las anteriores elecciones de Jauja y San Gallán.

Sobre la margen izquierda del río Rímac asentó Francisco Pizarro la nueva población el 18 de enero de 1535 denominándola ciudad de Los Reyes, situando sobre el adoratorio de Puma Inti la Catedral, mientras la casa del gobernador desplazaría la vivienda del cacique Taulichusco. La urbe se organizó según la traza realizada por Diego de Agüero, consistente en una geometría reticular de 13 manzanas de 450 pies por lado (125,37 m.) orientadas de este a oeste y nueve manzanas orientadas de norte a sur, distanciadas por calles de 40 pies de ancho (11,14 m.). Desde el centro de la Plaza Mayor se perfiló el asentamiento "a cordel y regla", según las Ordenanzas Reales de 1523, colocándose en ella la picota para indicar que la ciudad tendría fuero civil y penal.

Intervinieron tanto para el trazado de las calles como para la ejecución de las iniciales obras civiles los primeros alarifes hispanos en estas tierras: Juan de Escalante, Juan de Grajales y Juan Meco³. Las 117 manzanas, cada una de ellas de 15,687 m², fueron a su vez divididas en cuatro solares cada una y repartidas, empezándose desde la Plaza Mayor con dirección a la periferia, de acuerdo a la importancia que cada uno de los españoles presentes tuvo en la conquista del Perú, procediéndose además a la asignación de los espacios para las ordenes religiosas existentes.

Este fue el escenario donde comenzarían a hacer su aparición los dos grandes elementos constitutivos del panorama urbano: las torres y los balcones, sin los cuales Lima no hubiese definido su particular fisonomía. Ciertamente no es posible conocer esta urbe durante el Virreinato sin referirse a las torres alzadas sobre el plano

¹ Pachacamac era una deidad prehispánica anterior a la cultura Wari, considerado como el organizador del universo y con facultad para mover el mundo. Su oráculo era de mucha importancia en el escenario andino y se encontraba ubicado en el valle de Lurín.

² En 1534 se había producido el desembarco de Pedro de Alvarado en Manta al oeste de Guayaquil. Pizarro necesitó urgentemente un lugar cercano al mar, para mantener las comunicaciones y control del territorio.

³ CONCEJO PROVINCIAL DE LIMA: Libros de Cabildo de Lima. Imprenta Torres Aguirre S.A., Lima, 1935. Sus nombres figuran en las actas para los años 1535, 1536 y 1537.

perfil de la ciudad, talvez en búsqueda de una ascensión espiritual de los hombres que las materializaron, mientras que los balcones más terrenales y horizontales, llegarían a marcar el ritmo compositivo de las calles.

La imagen piadosa: Torres y beatas.

Lima fundada se definió pronto por los fenómenos sísmicos que constantemente la remecían, llegando a dañarla seriamente en 1609, 1687 y 1746⁴. Estas fuerzas tectónicas sirvieron para establecer los matices emocionales del alma de sus pobladores, incluso Porras Barrenechea⁵ aludía al perpetuo cielo grisáceo de la ciudad como motivador de la indolencia y del escepticismo limeño, y a las bruscas sacudidas del suelo como desencadenantes de un gran fervor religioso, de forma que la ciudad pondría especial celo en la fábrica de sus templos y de sus esbeltas torres.

En la primera centuria la ciudad fue creciendo alrededor de la Plaza Mayor con edificaciones todavía humildes ante la prisa de su construcción, a tal punto que irónicamente el Padre Cobo refería que las viviendas “tenían por fuera ruin apariencia, lo uno por ser de paredes de adobes y lustrosa”⁶. Incluso la casa del Gobernador tenía por fachada unos tendidos precarios denominados por el habla popular como los “cajones de Ribera” y la Plaza Mayor organizaba la urbe con su centralidad de usos y funciones, habiéndose convertido en un espacio de propósito múltiple, como atrio de mercaderes, escribanos y sacristanes, centro de festividades y de tauromaquia, además de ágora criolla. Pero Lima durante el siglo XVI soportaba dichas carencias con tal de expresar su piedad en las portadas de las iglesias y sus torres que se comenzaban a erguir por encima de la silueta de la ciudad.

Por entonces la ciudad mostraba su beata faz cuando los templos, cual marea monacal, tomaron masivamente posesión de los solares, siendo el área ocupada superior a la suma del resto de edificios públicos. Basta decir que solamente el convento de San Francisco poseía casi la octava parte del asentamiento urbano existente, a pesar de la expansión urbana en 1562 hacia la otra ribera del río, en el barrio de San Lázaro y de que en 1585 se había establecido la reducción de Santiago del Cercado como morada de indios. El censo del Marqués de Montesclaros sobre un total de 26.441 habitantes de la ciudad evidenció que un 10% de ellos estaban directamente ligados al clero. Eran épocas en las cuales dentro de los claustros germinaban santos y beatos desde los más humildes como el mulato Fray Martín de Porres, San Juan Macías, Santa Rosa de Lima y San Francisco Solano, hasta los de la alta jerarquía eclesiástica limeña como el cardenal Santo Toribio de Mogrovejo.

Al comenzar el siglo XVII la urbe ya exhibía oronda sus campanarios y cúpulas que le conferían a la distancia una gracia de ciudad mora, contabilizándose 29 conventos para 1630. Además no había menguado el ambiente religioso, por el contrario se había estimulado la competencia entre gremios y cofradías por dotar a las iglesias de

⁴ Entre la fundación y la destrucción total de la ciudad acaecida en 1746, Lima padeció 14 terremotos de gran magnitud.

⁵ PORRAS BARRENECHEA, Raúl: El río, el puente y la alameda. Municipalidad de Lima Metropolitana, Lima, 1987, pág.13.

primorosas capillas y de las torres más altas y elaboradas. Aún los frailes alababan la riqueza de sus propias construcciones en desmedro de las otras ordenes, como se evidencia en un dibujo de proporciones exageradas realizado por el dominico Fray Rodrigo de Meléndez en 1682⁷, correspondiente a la torre del convento de Santo Domingo.

Los puntos de avance de la ciudad en su permanente crecimiento lo marcaban las iglesias. Así, por el sur alcanzó a unirse a la ermita de Guadalupe y se extendió hasta Belén y la Recoleta. Por el este llegaba hasta Santa Clara, los Descalzos, San Ildefonso y el Carmen. Pero Lima también se constituía en la feria comercial más importante de América del Sur, donde arribaban las mercaderías procedentes de Europa para su distribución en toda la región y de donde a su vez partían los galeones portadores de oro y plata con destino a España. Con la riqueza aumentó la cantidad y calidad de las construcciones mostrando la urbe un remozado rostro de boato.

Las principales torres de Lima.

Fue el propio Francisco Pizarro durante la ceremonia de fundación quién colocaría las primeras piedras y maderos de la iglesia matriz bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción, posteriormente elevada al rango de Catedral. La fábrica inicial fue luego cambiada por el Arzobispo Loayza, habiendo encargado al maestro Alonso Beltrán el diseño de una catedral de grandes proporciones similar a la de Sevilla, el cual finalmente no se materializó y en 1582 el extremeño Francisco Becerra abordó un nuevo proyecto para el edificio con altos campanarios, los que solo se comenzaron a ejecutar en 1596.

Este nuevo planteamiento proponía cuatro campanarios, dos en los pies y dos en la cabecera, como afirmase haberlo visto el dominico Fray Meléndez⁸. Pero es recién en 1624 cuando se empiezan a edificar las torres bajo dirección del maestro Juan Martínez de Arzona ajustándose al diseño original. Las torres de los pies se elevaron sobre anchos muros de ladrillo y cal, formando en el primer tramo la capilla del Sagrario y el Baptisterio. El cuerpo de campanas se confeccionó inicialmente en ladrillo y no se llegó a terminar los chapiteles de las torres.

Con el terremoto de 1687 las torres se dañarían como lo manifestaba el Virrey Duque de La Palata en una carta al Rey. Posteriormente fueron reconstruidas bajo dirección de Fray Diego Maroto, que incorporó material ligero a imitación de cantería. Esta imagen perduraría hasta 1746, cuando a raíz del más feroz terremoto que se produjo en Lima, perdió la torre del evangelio que cayó sobre la bóveda de la nave principal y se dañó la torre de la epístola.

⁶ Citado por FIOLE CABREJOS, Jorge: El balcón limeño. Jorge G. Fiol Cabrejos, Lima, 1987, pág. 50.

⁷ Grabado aparecido en las crónicas de Juan Meléndez. MELÉNDEZ, Fray Juan: Verdaderos tesoros de las Indias. Roma, 1683.

⁸ MELÉNDEZ, Fray Juan. Op. cit.

Luis Goudín realizó entonces un proyecto para su reconstrucción pero sin torres, el cual no se llegó a materializar. Es en 1751 con el arzobispo Pedro Barroeta cuando se inició la reedificación de la nueva catedral según diseño del jesuita Juan Rher, quién rebajo la altura del arranque de las bóvedas. Según Bernaldes Ballesteros lo que más afeaba su apariencia eran las torres⁹, pues la que daba a la calle de Judíos (actual Jr. Huallaga) tenía 22 varas de elevación en su base y continuaba dañada. Su segundo cuerpo estaba formado por telares de madera y caña sin molduras. Por su parte la torre del evangelio tenía once varas en su base y para llegar a la altura de la otra tenía un suplemento de dobles telares. Así el arzobispo Juan González de La Reguera y el Virrey Gil de Taboada enviaron al Rey en 1794 presupuesto y láminas del proyecto de torres para la catedral diseñados por el maestro Pedro Antonio de Molina. Ambos campanarios fueron posteriormente reconstruidos por Matías Maestro en las líneas clásicas que se ven actualmente.

Sin embargo serán las iglesias de las ordenes religiosas quienes levantarían las iniciales torres. Así el primer campanario edificado fue el de la iglesia Santo Domingo construida en 1572 al frente de la Veracruz y caída en el terremoto de 1586. La nueva torre levantada para 1682 según dibujo de Fray Rodrigo Meléndez¹⁰, poseía un cuerpo de base de planta octogonal y con dos cuerpos de campanas sumamente elevados. Fue destruida por el terremoto de 1687 y luego reconstruida, para caer nuevamente los dos cuerpos superiores sobre las bóvedas de la iglesia en el terremoto de 1746. El cuerpo de base de esta torre se ciñó entonces con fajas de hierro, pero el Virrey Amat considerando su peligrosidad ordenó derribarla en 1775, para levantar luego la que apreciamos actualmente con una planta similar a la antigua pero dentro de un estilo clásico en sus cuerpos superiores.

Los cronistas mercedarios también aseguraban ser los primeros en llegar al Perú y la tradición nos cuenta que tuvieron en el valle del Rímac antes de fundarse la ciudad una pequeña ermita. En 1542 se inició la construcción de la iglesia de La Merced y en 1589 se le adosó el campanario mandado a construir por el Comendador Fray Diego de Angulo según monea de Alonso de Morales, realizándose con ladrillo visto en estilo mudéjar, considerándola el Padre Bernabé Cobo en sus crónicas como la más bella y alta de la ciudad, y a la vez peligrosa, razón por la que se disminuyó su altura para descargarla de peso¹¹. En 1630 se inició una remodelación de la iglesia trazada por Fray Pedro Galeano en la cual se incorporó la torre de 1589, pero caería en el terremoto de 1687, para ser posteriormente reconstruida en 1697.

Los jesuitas llegaron en 1568 alojándose en el convento dominico, para proceder en 1569 a iniciar la construcción de su propia iglesia, habiéndose terminado para 1574 la fábrica de los campanarios de la original iglesia de San Pablo, llamada después San Pedro. Después del terremoto de 1609 se reconstruyó la iglesia por el Hermano Martín de Aizpitarte entre 1628 y 1637 con dos torres en los pies como estribos del volumen de las naves y dos

⁹ BERNALDES BALLESTEROS, Jorge: Lima, la ciudad y sus monumentos. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla, 1972, pág. 319.

¹⁰ MELÉNDEZ, Fray Juan. Op. cit.

¹¹ BERNALDES BALLESTEROS, Jorge: Op. cit., pág. 57.

pequeñas torrecillas que se hicieron detrás del Altar Mayor. Estas torres se elevaban en tres cuerpos, aunque es difícil suponer cual fue el estilo que tuvieron, por las grandes modificaciones producidas en el tiempo. Estas torres se caerían con el terremoto de 1746, posteriormente reconstruidos pero rebajados a solo dos cuerpos, siguieron teniendo diversas imágenes, como la neogótica que se hizo de ellas para luego ser restauradas en el siglo XX en el estilo barroco del siglo XVIII.

Los agustinos llegaron en 1551, muchos años después de la fundación de Lima. La primera iglesia agustina fue construida en 1561 según traza de Esteban de Amaya y estuvo en el lugar donde hoy se encuentra la iglesia de San Marcelo. En 1571 Fray Juan de Yllescas cedió a la orden los solares necesarios para la edificación del nuevo templo. En 1574 estaba terminada solo el cuerpo de base de la torre y posteriormente se le añadirá unos campanarios precarios. La torre del evangelio fue nuevamente construida por José de la Sida en 1636, quien previamente demolería el viejo campanario. Esta torre se dañaría con el terremoto de 1746, siendo reedificada luego en 1791, para posteriormente perderse en 1895, durante las luchas civiles entre Cáceres y Piérola, siendo blanco de un disparo de artillería.

En 1557 se empezó a construir la primera iglesia franciscana de estilo mudéjar a cargo de Juan de Grajales y Francisco de Xuaura, siendo destruido por el terremoto de 1656. Este desastre hizo concebir a los franciscanos la edificación de un nuevo templo que fue encomendada al maestro portugués Constantino de Vasconcellos y al morir tomó la posta el maestro Manuel de Escobar quien finalizó las obras. Las torres se edificaron en adobe hasta un tercer cuerpo de campanas con cubierta a media naranja, una realizada en 1673 y la otra en 1675. Este tercer cuerpo se arruinó con el terremoto de 1687, por lo que se reconstruyó de forma ligera y desapareció después del sismo de 1746.

Vecina a la parte posterior del palacio de los virreyes y en las inmediaciones del puente de piedra se edificó la iglesia de Nuestra Señora de los Desamparados entre 1669 y 1671 bajo auspicio del Virrey Conde de Lemos, con traza de Manuel de Escobar e incorporando construcciones de telares de madera con caña para los cuerpos superiores de las torres. Esta iglesia se constituyó en su época como una de los mejores ejemplos del barroco limeño tanto que su maestro de obras Diego de La Maza lo llevó como modelo para la primera iglesia jesuita del puerto de Pisco, al sur de Lima. Sus campanarios siempre estuvieron presente en todo grabado o posteriores fotografías y subsistieron hasta 1940 cuando fue demolida por los daños causados por el terremoto de ese año y en su lugar se edificó la estación de trenes de Desamparados que actualmente existe aunque sin funcionar como tal.

La imagen festiva: Balcones y tapadas.

Lima no solo fue una ciudad de iglesias y plegarias, sino que la aridez de los muros externos de las construcciones contrastaban con el jolgorio que se desarrollaba en los jardines y patios internos de las viviendas.

En este clima de desenvoltura la mujer, identificada con la picardía y el ingenio, personificó en "la tapada"¹² la esencia del ser criollo. La saya marcaba una turgente figura a la vez que dejaba visible parte de la pierna, mientras el manto descubría solamente un ojo. Los juegos de coquetería que con él realizaban las damas, daban a las calles un aspecto carnavalesco de enmascaramiento, tanto que los visitantes extranjeros se dejaron siempre seducir por esta pintoresca y enigmática indumentaria¹³. Así el otro rostro de la ciudad, que como la faz de la limeña se escondía bajo un manto, mostraba una arquitectura de atisbo y de recato expresada en miradores y balcones, apareciendo como los otros elementos definitorios de la espacialidad urbana.

Estos miradores y balcones encuentran sus orígenes en los musharabíes orientales, remontándose según refiere Bárbara Dalheimer, a la arquitectura pública del valle del Indo y Sumeria, asimilados por los turcos Selyaqíes en el siglo XI durante sus continuos contactos con estas tierras. Las características de estos balcones cerrados y acompañados por ventanas de celosías condicionaban un ambiente de ocultamiento y privacidad, favoreciendo a su vez el recato femenino que imponía la religión del Islam. Este balcón se difundiría a continuación por todo el mundo islámico en el siglo XII, principalmente en el norte del Africa en las ciudades de Alepo, Damasco, Salónica y El Cairo.

Ante el continuo contacto, sea comercial sea bélico, producido entre el Medio Oriente y Europa, llegarían a este último continente las influencias de la arquitectura musulmana, asentándose principalmente en las zonas surorientales¹⁴. A la península ibérica llegaría la arquitectura oriental con la dominación árabe, difundándose luego la tipología de sus construcciones por la región de Al Andalus y de allí al resto de España desde fines del siglo XII, alcanzando su época más fecunda con Pedro I.

Las viviendas andaluzas del siglo XV presentaban una decoración análoga a las musulmanas especialmente en la utilización del balcón de cajón. En Las Canarias también existía este elemento arquitectónico, habiéndose encontrado en Tenerife, en el barrio de Végueta, en la casa de los Bravo de Lagunas en Las Palmas, en los conventos de La Laguna como en el de Santa Catalina y en Orotava.

El historiador Morgado¹⁵ cuenta que hasta el siglo XVI hubo balcones moriscos en Sevilla, los que se sustituyeron por la moda renacentista de balcones abiertos de antepecho de influencia italiana. Estos balcones de cajón desaparecerían posteriormente en Andalucía, en tiempos de Carlos V, al darse una ordenanza municipal en 1530 que prohibía reedificar o construir balcones en voladizo por razones de higiene edilicia "para no quitar el sol y claridad a las calles", que en el fondo era producto de rezagos de la persecución contra todo lo árabe de tiempos de los Reyes Católicos.

¹² Traje típico de Lima consistente en una "saya" o vestido ajustado a la cintura y un manto que cubría el rostro de las mujeres.

¹³ PORRAS BARRENECHEA, Raul. Op. cit., pág. 28.

¹⁴ Posiblemente la influencia de los musharabíes se encontraban incluso en los isker germánicos y en las adufas portuguesas.

¹⁵ Citado por BERNALES BALLESTEROS, Jorge. Op. Cit., pág. 25.

El balcón llega a América con la presencia de gente andaluza y extremeña, partícipes de la conquista de estas tierras. También la participación morisca en el escenario americano comenzó desde muy pronto, dado que Colón había pedido a los Reyes Católicos firmar en Medina del Campo el 22 de junio de 1496 un decreto por el cual los condenados a destierro podían hacerlo en América, con el fin de promover su poblamiento, que aunado a la orden de expulsión definitiva y degüello de musulmanes y judíos, produjo que muchos de aquellos por salvarse se “convirtieran” al cristianismo y emigraran hacia el nuevo continente¹⁶.

En América los balcones aparecerían como característica importante de la arquitectura civil principalmente en las viviendas costeñas de San Juan de Puerto Rico y Cartagena de Indias. En las Antillas y Venezuela los balcones se conformarían muy salientes con tejado, antepecho tallado y con una pequeña balaustrada, vanos superiores de celosía en forma de portañuelas. Sin embargo este tipo de balcones sufrirían modificaciones impuestos por el tropical clima, al quitarse las celosías y abrirlos, dejando únicamente los pies derechos que sostenían la cubierta. Buschiazzo¹⁷ afirma que esta forma de balcón aparecería en toda América desde Cumaná hasta Veracruz, incluso en Argentina y aunque podían verse en ciudades mediterráneas era evidente que abundaban mucho más en las poblaciones situadas a orillas del mar.

Los rezagos de estos balcones quedarían visibles todavía en las casas de la calle Esmeralda en Chile, en la casa del corregimiento de Potosí en Bolivia, en la casa de los Arcaya de Coro en Venezuela y en el palacio de la inquisición de Cartagena en Colombia entre otros. Mas es en Perú, específicamente en Lima donde el balcón de cajón encontró lugar para un desarrollo pleno, convirtiéndose en elemento definitorio de su arquitectura civil.

El balcón en Lima virreinal.

Debido a la ubicación geográfica de Lima a orillas del Pacífico, que dificultaba el viaje directo desde España, los viajeros salidos desde allí debían hacer escala en las Canarias, donde retenían la imagen de los balcones de cajón y posiblemente se fusionaban, como planteaba José de Mesa¹⁸, con las líneas compositivas de las portañuelas de las popas de los galeones. En sus inicios Lima empezó como una ciudad austera, pero rápidamente adquirió desde mediados del siglo XVI una fisonomía de ciudad andaluza, explicada por los continuos viajes de gente proveniente de esta zona, quienes trataron de hacer de Lima una rememoración de Sevilla con sus balcones, cancelas, ventanas con rejas, patios con flores y zócalos de azulejos como añoranza por la tierra dejada atrás. Incluso subsisten en los claustros de Santo Domingo (1586-1604) y San Francisco (1620) azulejos procedentes del taller trianero de Hernando de Valladares.

¹⁶ Sucesos acontecidos en 1499 en Granada, en 1501 en Castilla y en 1525 en la corona de Aragón.

¹⁷ BUSCHIAZZO, Mario: Estudios de arquitectura colonial hispanoamericano. Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1944, pág. 37.

¹⁸ Conversaciones desarrolladas dentro del Master en Restauración del Patrimonio Arquitectónico de la Universidad Nacional de Ingeniería de Lima en 1995.

En esta obra constructiva existió el influjo del gusto establecido por mujeres de origen oriental que estuvieron relacionadas con personajes españoles importantes durante la conquista, evidenciado en la presencia de la mora Beatriz esclava de García de Salcedo y posteriormente su esposa o Lucía de Herrera quien acompañó al conquistador Hernández de Girón. Muchos moros llegaron a venir en calidad de "llovidos", es decir aquellos que se embarcaban sin licencia para América, a raíz de las dificultades para el tránsito de moros, judíos, luteranos y gitanos impuesto por la Casa de Contratación de Indias. Esta influencia la podíamos observar también en la cocina limeña como por ejemplo en los mazapanes, turrone, alfeñiques, y en la música como en la zarabanda y las zambras.

El balcón de cajón hace su aparición desde 1548¹⁹ cuando Lima ya tenía residencias de dos pisos. La fachada de las casas virreinales se mostraban entonces con una elaborada portada, coloridos muros con sus ventanales de herrería forjada y barrotes torneados por falta de vidrio, siendo la característica más saltante de esta concepción arquitectónica los balcones cerrados con celosías y coloreados en verde o azul. Lamentablemente no existen testimonios de balcones del siglo XVI debido a los terremotos que asolaron Lima, pero es posible que fueran de una síntesis de estilos renacentista y gótico-mudéjar, como aparecía en la arquitectura religiosa de entonces²⁰. Es también probable que guardasen semejanza con los balcones más antiguos existentes en Lima ubicados en la Casa del Oidor con frente a la Plaza Mayor, solo que con portañuelas y celosías en lugar de vidrios o como los primigenios balcones de estilo gótico de la Casa de Pilatos con frente al convento de San Francisco, antes de su caída y reconstrucción en anodino estilo.

Los balcones se construían como piezas esculpidas apoyadas en las vigas que sobresalían de los forjados o en ménsulas realizadas para tal fin. Inicialmente los tableros eran llanos para posteriormente mostrarse en formas más elaboradas y de rica talla, llegándose a incluir en el antepecho tableros en alfajor²¹ sobre los que aparecían bastidores de celosías y una sobreluz de pequeños balaustres. Durante el siglo XVII los balcones se siguieron tallando para toda casa medianamente importante al punto que el Padre Bernabé Cobo diría que "está aquí tan recibido el uso de balcones, que no hay casa de mediana estofa que deje de tener alguno y las principales mucho", siendo muchas veces decorados internamente con azulejos y tapizados con terciopelo.

Este tipo de balcones se desarrollaría ya entrado el barroco en el siglo XVIII hasta adquirir la prestancia de los que figuran en el palacio de Torre Tagle, construida en 1735, pero con una fisonomía muy orientalizada y que servirían de modelo para su plasmación en los balcones de la arquitectura neocolonial a comienzos del siglo XX, como aquellos realizados en la fachada del palacio arzobispal. Además se siguió evidenciando en su forma y

¹⁹ Libros de Cabildo. Op. Cit., año 1548. Algunos historiadores mencionaban que sólo a partir de 1556 existieron construcciones de dos pisos citando también a los Libros de Cabildo.

²⁰ Durante el siglo XVI las construcciones llevaban el influjo de la tradición renacentista y mudéjar con muestras de un arcaísmo gótico, evidenciada en los diseños de las plantas, portadas y cubiertas de las iglesias.

²¹ Pequeños ensambles de madera formando cruces y escuadras, originadas en los cuarterones de armarios españoles.

elaboración la influencia mudéjar en número tal que el Padre Calancha manifestaba que “son tantos y tan largos, que parecen calles en el aire”²².

El 28 de octubre de 1746 a las 10:30 de la noche Lima fue sacudida por un terremoto que entre muchos destrozos provocó que casi todos los miradores y balcones se desmoronasen. A raíz de este sismo el cosmógrafo francés y catedrático de la Universidad Mayor de San Marcos, Luis Goudin comisionado por el Virrey, el cabildo Eclesiástico y el Cabildo de la ciudad para que informase de los daños, recomendó el 10 de noviembre de 1746, el derribamiento de los balcones que aun quedaban en pie, aconsejando que se prohibiera su reconstrucción, recomendación que debía aplicarse además a las torres, considerándolas que levantarlas de nuevo era como abrir sepulturas futuras para los limeños ante los efectos que causaban los sismos. La respuesta del Cabildo de Lima fue que la idea era magnífica si se las pudiera aplicar en la construcción de una nueva ciudad. En una segunda consulta oficial que le formuló el Virrey Manso de Velasco el 25 de noviembre de 1746, recomendó nuevamente que impidiese la construcción de miradores, balcones, galerías y torres, debiendo concentrarse la reconstrucción de la ciudad en edificaciones de un solo piso.

Con el terremoto de 1746 concluye el barroco limeño y da paso a los balcones afrancesados de líneas onduladas introducidos por los Borbones. Estos balcones se mostrarían con paneles Luis XV y medallones en el centro de los tableros, guirnaldas en los frisos, vanos ovalados, cambiando las celosías por ventanas de vidrio tipo guillotina, siendo los primeros balcones de esta tipología los de la casa de la Virreina Marquesa de Guirrier en 1777. Ejemplo típico de este estilo lo encontramos en los balcones del palacio de Osambela y en los de la Casa Goyeneche.

A fines del siglo XVIII bajo influencia de la ilustración y del racionalismo pregonado por Voltaire, Lessing y Winkelman, se comienzan a imponer los balcones de un sobrio estilo hasta devenir en el balcón galería de la República, más acorde con el nuevo gusto por las líneas del arte clásico referidas a los recientes descubrimientos de Herculano y Pompeya. Estos balcones se conformaban con tableros lisos, ventanas de arco de medio punto con soguillas radiales, pilastras corintias o jónicas y entablamento también clásico²³. Además se cambió el tradicional color verde por el marrón y se dejó de usar del azulejo en los interiores. La economía que resultaba de la fabricación mecánica de los elementos de este balcón, principalmente de las molduras, condujo a su producción en serie a partir de 1860.

En la década de 1870-1880 se comenzó a dejar estas formas tradicionales por los estratos altos de la sociedad limeña, es decir, se abandonaba el balcón cerrado de cajón reemplazado por el balcón abierto de antepecho dentro de una nueva moda de fachada italiana, apareciendo inicialmente con balaustrada de madera de estilo

²² Citado por FIOLE CABREJOS, Jorge. Op. Cit., pág. 64.

²³ Existen casos de diseños alternados de arcos y dinteles con marcada influencia de Serlio.

clásico y luego con barandas de hierro fundido. Además el artículo 120 de la ordenanza municipal del 28 de julio de 1872 prohibió la construcción de balcones cerrados por peligro de incendio, pudiendo considerarse como la expresión oficial de la desaparición del balcón de cajón en Lima, aunque la reparación de los mismos siguió ejecutándose hasta 1900.

Es importante mencionar que no necesariamente existe una correlación temporal de la composición de las casas en cuanto a los balcones y el resto de la fachada, es decir que podían corresponder a diferentes épocas y estilos, tal como sucedía con el caso de las torres de las iglesias, cuyos diferentes cuerpos podían pertenecer a estilos variados, debido no solamente a los cambios de la moda sino principalmente a las constantes reconstrucciones que los sismos obligaban. Los balcones no solo se diferenciaban por el estilo en que fueron realizados sino también por su ubicación en la fachada (con frente único o en esquina), por su conformación (separado o corrido) y por su transparencia (de celosía o vidriado).

Labores de alarifes y carpinteros.

Pero la importancia de las torres y balcones no solo estaba en su forma y definición de los espacios urbanos sino incluso en las técnicas que se desarrollaron para su construcción, que a la distancia pueden causar la impresión de estar dotados de rígidos materiales de cantería, pero que esconden uno de los saberes más elaborados en el arte de construir con tierra y madera.

Los Libros de Cabildo hacen mención a Alonso Beltrán, Francisco Becerra, Juan de Arrona, Pedro de Noguera, Cristóbal Caballero, Diego Maroto, Constantino de Vasconcellos, Manuel de Escobar, entre muchos otros, como los alarifes hispanos, criollos y mestizos quienes cada cual en su respectivo tiempo, efectuaron la gran labor de dotar a Lima de las torres y los balcones que le darían una cautivante belleza. Ellos conferían la prestancia de las edificaciones y señalaban la categoría social de sus propietarios, de tal forma que alarifes, carpinteros y ensambladores se dedicaron a una delicada elaboración de estos elementos arquitectónicos.

A raíz de los temblores que sacudían regularmente Lima los sistemas constructivos buscaban hacerse bajo criterios antisísmicos, sin que ello implicase mengua de la calidad de la arquitectura, de allí que las bóvedas y cúpulas de las iglesias se comenzaran a edificar con materiales ligeros que pudiesen absorber mejor las sollicitaciones mecánicas durante los terremotos frecuentes en Lima. Casi todas las construcciones de cantería terminaron por desmoronarse. Las técnicas desarrolladas definían una elaboración de gran precisión para las piezas hechas en madera con ensamble en caja y espiga y uniones en cola de milano, las cuales se apoyaban en la solera ubicada sobre los muros de adobe, para luego ser cubiertas con cañas enteras o partidas según la posición y uso que tendría en la estructura y finalmente contar con un recubrimiento a base de yeso para realizar molduras.

En el caso de las torres, inicialmente construidos en piedra y ladrillo pasaron posteriormente a edificarse con madera y telar de caña (quincha), recubriéndose luego con revoques y molduras de yeso con el fin de imitar materiales más costosos, pero dotando a la estructura de un comportamiento elástico y flexible que le permitía un mejor comportamiento frente a los movimientos telúricos. Estos sistemas habían sido ya ensayados desde el siglo XVII por Diego Maroto en las estructuras para las iglesias y que después serían recomendadas por Luis Goudin como método constructivo adecuado al medio limeño.

Tanto los pilares de las torres como los arcos de los cuerpos de campana se efectuaban a partir de un pie derecho de madera ensamblada a caja y espiga con la solera de base apoyada sobre el muro de adobe. Al pie derecho se le adosaban pequeños largueros para formar el marco horizontal que serviría de guía a las cañas que se apoyaban en ellas. Los arcos se formaban de manera parecida a los camones de las bóvedas, sobre los cuales se colocaban maderos (tirantes y pericos) para dar forma a las enjutas, para ser luego forradas con caña. Ambos venían finalmente recubiertas con un estrato inicial de barro con paja fina y luego un estrato final a base de yeso o cal con arena.

Por su parte los balcones se realizaban completamente de madera, de cedro o caoba proveniente de Nicaragua y Guayaquil, con sus uniones por ensambles y ataduras de cintas de cuero, las cuales se colocaban húmedas y luego al secar daban la presión necesaria para asegurar la unión de las piezas sin rigidizar la estructura, lo que permitía absorber deformaciones en caso de sismos. Estaban apoyados en canes como prolongaciones de las vigas de los forjados o en ménsulas sobresalientes del plomo de la fachada. Estos se colocaban de acuerdo a la forma y posición del balcón, que podía ser frontal o de esquina. Bernales Ballesteros refiriéndose al dictamen de Goudin nos dirá que estos balcones no fueron solo un adorno, sino de necesidad y refugio en caso de temblores, pues su peso protegía los bajos de las casas que los tenían²⁴.

En el interior los pisos era de entablado, a veces de ladrillo, con revestimientos de azulejos para el lado de los telares de quincha de la casa y con asientos del mismo material. El techo se construía con cuarterones y entablado con recubrimiento de torta de barro. En el caso de los balcones transparentes las ventanas podían ser pivotantes o de guillotina.

En la construcción de los balcones participaba el gremio de carpinteros con labores muy específicas de acuerdo a la especialización de sus miembros. Así, el maestro carpintero proyectaba el balcón, los talladores y brosladores hacían los paneles, las tallas y los canes, los especialistas elaboraban los bastidores de celosías y las mamparas caladas, los torneadores se encargaban de los balaustres, acanaladuras y chaflanes y el ensamblador se dedicaba a la unión de las partes mediante espigas y cola de milano con pegamentos de colas orgánicas.

Reflexiones ante la ciudad.

Son muchos los balcones y torres que han desaparecido del rostro de Lima y que le conferían su propia identidad urbana. Actualmente la torre de San Agustín se presenta mutilada. Peor suerte corrió, al ser demolida, la iglesia de Los Desamparados, la imagen de cuyas torres estaba siempre asociada a los antiguos grabados y fotografías²⁵ y con el ensanche de la avenida Emancipación en nombre del automóvil se destruyó la Casa Beltrán con su magnífico balcón en esquina. La Casa de la Perricholi desapareció en el solar sobre el que se levantaba, para dar paso a un depósito.

Los balcones de cajón a pesar de representar elementos importantes en la definición del panorama urbano limeño, fueron posteriormente olvidados y destruidos para dejar paso a una mal entendida modernidad. Cabe recordar que en la década de 1950 – 1960 el profesor florentino Bruno Roselli se dedicó a la defensa del balcón virreinal, desde el Instituto Riva Agüero, indicando la ubicación de los balcones que debían ser rescatados. En la actualidad los balcones que han sobrevivido al paso del tiempo serían algunas centenas, a pesar que una contabilidad tentativa para inicios del siglo XX a partir de las fotografías antiguas de las calles limeñas y del catastro de propiedades nos arrojaría un número aproximado de 4,000.

Después de un largo letargo las autoridades comprendieron en estos últimos años que podían involucrar a la sociedad en la recuperación de este elemento tan tradicional de Lima a través de la participación de las empresas públicas y privadas²⁶. Labor meritoria aunque únicamente enfocada desde el punto de vista económico de la rehabilitación inmediata, porque olvidaron que dentro de la gestión del patrimonio tan importante como conseguir fondos para la recuperación de un monumento es su difusión, el de enseñar a los hombres de hoy la riqueza cultural que aún existe en el centro histórico de Lima y de lo importante que resulta su respeto y mantenimiento.

²⁴ BERNALES BALLESTEROS, Jorge. Op. Cit., pág.195.

²⁵ Se puede observar esta iglesia en muchos dibujos y grabados de Lauvergne, Angrand, Rugendas, Fierro, Merino y otros, así como en las fotografías de Eugene Courret de finales del siglo XIX.

²⁶ Se refiere a la campaña "Adopte un Balcón", promovida por la Municipalidad de Lima Metropolitana.

BIBLIOGRAFÍA.

- BERNALES BALLESTEROS, Jorge: Lima, la ciudad y sus monumentos. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla, 1972.
- BUSCHIAZZO, Mario: Estudios de arquitectura colonial hispanoamericano. Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1944.
- CHICHIZOLA, José: El manierismo en Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1983.
- FIOL CABREJOS, Jorge: El balcón limeño. Jorge G. Fiol Cabrejos, Lima, 1987.
- FUNDACIÓN JUAN MARELA: Andalucía. En publicaciones de la Fundación Juan Marela, Editorial Noguer, Madrid, 1981.
- GARCIA BRYCE, José: La arquitectura en el virreinato y la república. Editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1980.
- GARCIA ACOSTA, Virginia: Historia y desastres en América Latina. Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, 1997.
- GONZALEZ, J. J. Martín: Historia de la arquitectura. Editorial Gredos, Madrid, 1981.
- HARTH TERRE, Emilio: Perú, monumentos históricos y arqueológicos. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1975.
- MANTRAN, Robert: El oriente musulmán en la Edad Media. En Historia Universal Salvat, volumen IX, Salvat Editores, Barcelona, 1986.
- CONCEJO PROVINCIAL DE LIMA: Libros de Cabildo de Lima. Imprenta Torres Aguirre S.A., Lima, 1935.
- MELÉNDEZ, Juan: Verdaderos tesoros de las Indias. Roma, 1683.
- OLIVAS WESTON, María: La influencia hispanoárabe en el Perú colonial. Aries, Lima, 1990.
- PACHECO VELEZ, César: Memoria y utopía de la vieja Lima. Universidad del Pacífico, Lima, 1987.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl: El río, el puente y la alameda. Municipalidad de Lima Metropolitana, Lima, 1987.

ANEXOS FOTOGRAFICOS.



Imagen de la Plaza Mayor en foto del archivo Courret en 1870



Catedral de Lima en grabado de Lauvergne



Torres y balcones en la Plaza Mayor según Rugendas



Balcones barrocos del Palacio Torre Tagle



Balcones rococó del Palacio Osambela



Balcones afrancesados de la Casa Goyeneche



Balcones clásicos de la Casa Canevaro